



EL MOSCARDÓN Y LA MARIPOSA



Cuadro de DIONISIO BAIXERAS.

Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9).

ULTIMO DISCURSO DE VÍCTOR BALAGUER

LEÍDO POR SU AUTOR EN LA FIESTA INAUGURAL DE LOS JUEGOS FLORALES DE ZARAGOZA CELEBRADA Á FINES DEL PASADO AÑO. (1)

SIEMPRE fué grande Aragón y noble siempre Zaragoza. Su historia lo proclama, sus gestas lo confirman, el mundo lo repite.

Y que es noble Zaragoza, la que se dignó honrarme un día con el título y timbre de hijo adoptivo, lo demuestra el hecho de verme yo aquí, entre vosotros, presidiendo vuestros Juegos Florales, nueva honra y nuevo timbre inmerecidos.

Porque ¿sabéis, señores, lo que significa aquí la presencia de este humilde anciano?

Significa un nuevo rasgo de altitud y de grandeza de esta Zaragoza, á quien no en vano proclamaron alta y excelsa las actas de la historia y los recuentos de las muchedumbres.

Soy, creo, el único que existe de los siete mantenedores que restauraron en Barcelona la institución de los Juegos Florales, tan aplaudida hoy y propagada por toda nuestra gloriosa España; y precisamente por esto, cuando tantos ruidos hubieron de levantarse en las Cortes, en la cátedra, en la prensa, en los círculos y hasta en la plaza pública con motivo de regionalismos, *catalanismo* y Juegos Florales, Zaragoza, la honorable, en vez de invitar á uno de esos ilustres oradores políticos, como parece ser ya costumbre en estas fiestas para más alarde de ellas, ha prescindido de todo lauro por su parte y ha querido llamar á quien ninguno podía traerle, sólo por ser el superviviente de los fundadores, ortodoxo de rancias solemnidades y viejo trovador de las montañas catalanas.

Vengo, pues, en cumplimiento de ineludible deber, á tomar la palabra que Zaragoza me concede, y á intervenir con afectos de amor y consejos de paz y concordia en estas lides tan abanderizadas por la pasión y los debates.

Cumplo, lo primero de todo, con lo que es de ley y ritual en usanzas de Juegos Florales, y comienzo por depositar sobre esta mesa mi discurso, que os traigo escrito, conforme es de precepto, para no fiar á peligrosa improvisación de circunstancias lo que debe de ser expresión de conciencia y labor de estudio.

Y en cuanto á lo que ha de ser asunto y misión de mi trabajo, considero que no es otro sino el de ceñirme al objeto que á vosotros y á mí nos alienta y guía, reteniendo al espíritu en sus vuelos y á la fantasía en sus raptos.

Así pues, ya que sólo he de ocuparme en lo que atañe á estas fiestas y tenga relación con ellas más ó menos latente, pero siempre sin salir de su acción y esfera, me limitaré á referir la historia de los Juegos Florales, á consignar la idea que abrigaban y fines que perseguían los que conmigo restauraron estos certámenes y fiestas el año 59 de este siglo que termina, á explicar lo que es y lo que hay en el fondo de ese *catalanismo*, por mor del cual se alzó tumulto, y á decir lo que en mi opinión fueron, son y significan los Juegos Florales, quienes llevan recogida en su seno la solución del problema tan inútilmente buscada en indiscretos debates y aventuras polémicas, pues que, en realidad, estas fiestas son la glorificación de la patria común, la fraternidad histórica y literaria de las comarcas españolas, y uno de los medios más eficaces para llegar á lo que hoy se llama regeneración de la patria.

Y todavía, todavía los Juegos Florales han de cobrar mayor importancia al venir hoy Zaragoza á darles sello especial y resonante fama, como nunca alcanzaron.

Zaragoza, al declararse hoy Paladio de los Juegos Florales, al pedir el calor y apoyo del Ministro de Instrucción Pública, que generosamente se le ha otorgado, da nuevo y grandioso carácter á estas fiestas y certámenes, llama á concurso á todas las lenguas que se hablan en nuestra España, ensalza y levanta sobre el pavés á la castellana como representación genuina de la España literaria, invita á las naciones extranjeras á que vengan á fraternizar aquí con la española en hidalgo concierto y lid de cortesía, y estrecha el lazo de cariño que une á todas las regiones españolas invitadas á reunirse en este centro de antiguas tradiciones y patrióticas enseñanzas; aquí, en este recinto sagrado de Zaragoza que vive con los recuerdos de las maravillosas añoranzas y esplendentes celestias de sus historias, al amparo y custodia de su Virgen soberana, la del Pilar famosa, en los cielos y en la tierra sol de amor y gloria.

Tienen los Juegos Florales su historia y su leyenda.

Al comenzar el siglo XIII estalló en lo que hoy es mediodía de Francia la llamada guerra de los Albigenses. Con aquella lucha tan terrible, que sostuvo Francia apoyada por la Iglesia, las ricas comarcas de Provenza acabaron por perder su nacionalidad.

Fueron cayendo una tras otra las villas y ciudades; murieron ó emigraron aquellos varones poderosos que eran fuerza y vitalidad de la patria; acabaron por el incendio, el saqueo ó la ruina aquellos castillos que eran centro de prez y gentileza; desaparecieron los trovadores, es decir, los

que eran espíritus educados y almas templadas para la libertad y la cultura.

Francia se apoderó de todo. El país conquistado hubo de aceptar la ley del vencedor.

Proscritos de su tierra todos cuantos lograron hurtar su vida á la manzana, ya que no sus bienes y haciendas á la rapiña, se refugiaron en comarcas de Cataluña, Aragón y Castilla, donde fueron recogidos y hospedados por magnates y príncipes, especialmente por Pedro III de Aragón, el Grande y por Alfonso X de Castilla, el Sabio. De este último se dice que concedió derechos de ciudadanía y franquicia á los trovadores proscritos, y que algunos de éstos llegaron á ser sus íntimos, sus consejeros y sus ministros.

Sin embargo, la tradición poética continuó viva en los países de Provenza, y es fama que los últimos trovadores, al comenzar el siglo XIV se reunían secretamente en un apartado jardín de Tolosa donde al pie de un laurel, y con recato y escama de las leyes, como si se tratase de una conspiración ó de un crimen, recitaban los cantos y serventesios de los grandes maestros, conservando así el fuego sacro, y con él, el amor y culto de aquella lengua y de aquella poesía proscritas por los dominadores de Provenza, quienes olvidaron que con ellas se había despertado á Europa del letargo en que estuvo sumida por el ilotismo de los tiempos bárbaros.

En aquel grupo de poetas ocultos en el silencio y soledad de un parque, se encuentra el nacimiento de los Juegos Florales.

En 1323 la que se tituló *Sobregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa*, al remitir desde su jardín una convocatoria en verso á todos los países en que se hablaba la lengua de Oc, invitó á los poetas á concurrir al certamen que se abría en Tolosa para el año siguiente de 1324, y ofreció premio de una violeta de oro á la mejor poesía entre las presentadas.

Pocos años después, el Capitolio, es decir, el Capítulo ó Municipio de Tolosa, tomó bajo su protectorado la naciente institución de los poéticos certámenes, acordó que *la violeta de oro fino*, ofrecida como premio, fuese costeada por la ciudad, y dió á Guillermo Molinier, Canciller de la compañía de los siete mantenedores, el encargo de redactar un libro de reglas ó arte de trovar. Esta obra, conocida por *Leyes de amor*, (que entre los trovadores eran sinónimos amor y poesía) quedó terminada en 1356 y de ella se enviaron copias á las principales villas de Languedoc.

Los certámenes continuaron celebrándose todos los años durante el siglo XIV. En el sello adoptado por los siete Jueces, se llamaban éstos *mantenedores de la violeta de oro de Tolosa*, y la sociedad ó compañía se titulaba *Consistorio del Gay saber*.

A esta institución va unido el nombre de una dama, á quien se cita como fundadora ó restauradora de los Juegos Florales en la ciudad paladiana. Se trata de Clemencia Isaura, cuya existencia ha sido puesta en duda por unos y negada por otros, no faltando quien ve sólo en el nombre de Clemencia un sencillo vocablo bajo el cual los trovadores invocaban á la Virgen María, patrona de los Juegos Florales.

Nada de esto. Clemencia Isaura existió. Ya no hay duda alguna. Está perfectamente demostrado que tiene su historia, y también su leyenda.

Hija de Ludovico Isaura, nació Clemencia por los años de 1464 en un castillo de las cercanías de Tolosa, y era aún muy joven cuando perdió á sus padres. A pesar de haber quedado libre y dueña de una fortuna considerable, quiso vivir solitaria y retraída, sin que los goces del mundo tuvieran para ella tentación alguna. No pretendió casarse tampoco; empleaba sus rentas en obras de caridad y beneficencia, y diéronle las soledades de su retiro ocasión para sus estudios, dedicándose al cultivo de las letras y de la poesía provenzal. A su muerte legó todos sus bienes para fundación de unos certámenes, que se crearon bajo el nombre de *Juegos Florales*.

Esta es la historia. Oid ahora la leyenda:

Según ésta, Clemencia Isaura, rica doncella tolosana, hija predilecta de los dioses por sus gracias y belleza, vivía sola y lejos de los rumores y placeres del mundo en el castillo que por sus padres le fué legado.

Quiso un día su buena suerte que conociese á un joven y gallardo doncel, trovador y poeta, hijo natural de un magnate de Tolosa. Se llamaba Renato; trovaba y componía muy diestramente, y era maestro en armas y en letras, renombrado por su valor y gentileza. Vióle y oyóle trovar Clemencia en cierta ocasión, y se prendó de él con cariño de amores.

El castillo de Clemencia Isaura tenía un frondoso parque, y, á orillas del lago azul, un viejo sauce bajo cuyas hojas lanceoladas y ramas en desmayo aparecía una hornacina con la imagen de la Virgen María, por el pueblo apellidada la *Virgen del Sauce*.

Se llegaba á ella por un camino umbroso, orillado de violetas, embeloso de los ojos y perfume del espacio.

Al pie mismo de la enflorada hornacina acostumbraban á tener los amantes sus entrevistas y coloquios de amores, que eran puros y castos, como amparados por la Reina soberana de cielos y tierra.

Una tarde llegó Renato, los ojos tristes y herida el alma. Se veía obligado á partir para la guerra con su padre. Era un deber ineludible y sagrado.

—No sé lo que podrá durar mi ausencia,—dijo Renato.—A mi regreso serás mi esposa. Te lo juro ante la Virgen que nos oye.

Dicho esto, Renato se bajó para coger una violeta, cuyas hojas, como es bien sabido, tienen la hechura de un corazón, y presentando la modesta flor á su enamorada, señaló una hoja y le dijo:

(Continuará.)

MONSEÑOR MARIANO ESPINOSA

NUEVO ARZOBISPO DE BUENOS AIRES.

YA en más de una ocasión hemos tenido el gusto de extendernos en consideraciones biográficas sobre el ilustre sacerdote elevado recientemente, por su talento y virtudes, á la mayor dignidad eclesiástica, en la República Argentina.

Hoy, con no menos satisfacción, reproducimos su retrato, en traje arzobispal, y, creyéndonos dispensados de repetir la relación de sus méritos,

pues consignados quedan en números precedentes, nos limitamos á dar cuenta de la solemne ceremonia de su consagración, celebrada en Buenos Aires, el 18 de Noviembre del pasado año, extractándolo de nuestro apreciable colega *La Nación*, de aquella localidad.

«Después de la brillante recepción con que fué saludada la entrada en la archidiócesis del nuevo arzobispo, era de esperar que á la ceremonia



de la imposición del palio asistiera numerosa concurrencia, ya que á los católicos se les presentaba una nueva oportunidad de patentizar sus sentimientos de adhesión hacia monseñor Espinosa.

Antes de las 10 hallábase formada en línea de batalla las tropas designadas para hacer los honores militares durante la ceremonia. A la citada hora, el corneta de órdenes anunciaba la presencia del Presidente de la República, y la llegada de la comitiva oficial, compuesta de los ministros Yofre, Alcorta, Riccheri y Rivadavia, varios ministros diplomáticos, militares de alta graduación, secretarios de estado, funcionarios de la administración, etc.

Poco después, salía monseñor Espinosa del palacio arzobispal y, acompañado de numerosa comitiva de prelados y seglares, se dirigía á la catedral, á recibir el palio que, según los cánones, confiere la plenitud del oficio pastoral juntamente con el título de arzobispo.

Con el metropolitano iban el representante de la Santa Sede, monseñor Sabatucci, monseñor Soler, los demás prelados y todos los obispos sufragáneos. Seguían los canónigos del cabildo eclesiástico y los sacerdotes que forman el personal de la curia.

La ceremonia comenzó con una misa solemne, oficiada por el delegado apostólico. Después de la comunión, el palio, una faja blanca de algunos centímetros de largo con tantas estrellas negras como diócesis tiene el ar-

zobispado, fué extendido en el centro del altar mayor, tapado con el mismo paño en que vino desde Roma. Terminada la misa, monseñor Sabatucci recibió del arzobispo el juramento de fidelidad á la Santa Sede, é impuso el palio á Monseñor Espinosa, quien juró de rodillas, con todos los ornamentos episcopales, según es de rubrica, excepción hecha de los guantes y de la mitra, y, levantándose del suelo, con el palio colocado, bendijo á la concurrencia, de pie tras la cruz de la iglesia metropolitana, mientras pronunciaba las palabras del ritual.»

Los argentinos conservarán durante mucho tiempo gratísimo recuerdo de esta solemnia, porque la designación de tan esclarecido príncipe de la iglesia, para ocupar la vacante archidiócesis de Buenos Aires, había sido recibida con entusiasmo y general regocijo.

En todas las clases sociales la alta dignidad conferida por el Papa á monseñor Espinosa se ha visto con indecible satisfacción; lo cual demuestra el singular aprecio de que en aquella república goza el agraciado, por su clara inteligencia y sus patentizadas bondades.

Y ese aprecio irá en aumento á medida que, en el desempeño de su espiritual misión, desarrolle monseñor Espinosa los privilegiados dones que el Señor se sirvió concederle, para el mejor servicio y enaltecimiento de la religión católica. ***

Fot. Freitas y Castillo (Buenos Aires).